

firme propósito de que la Virgen y el Cristo lo absolvieran de su gravísimo pecado, había asistido al oficio de tinieblas dentro del templo a oscuras escuchando salmodias, letanías, anatemas y ruido de matracas. A su lado transpiraba Betín quien, obediente a un úcase de Malala, se había vestido de ángel (larga hopalanda blanca y alas ídem) y se sentía confuso, pues no era tan chiquillo como cuando se disfrazaba de **ángelesomos**.

—Ya no eres mocoso, Alberto Dávila —le susurró a sovoz el Mogo Tin—. Nadie te impide que hagas de sacristán si eso te agrada pero, coño, déjate de güevadas. Con alas de crepé no irás al cielo.

—¿Qué culpa tengo yo de que Malala quiera beatificarme?

Con sibilinas eses alargadas Papa Chente solicitó silencio.

Ataviadas de riguroso luto, las señoras del pueblo demostraban su duelo con dolorida austeridad y cooperaban encendiendo las velas de las distintas andas. A su lado, las hijas coqueteaban con miraditas frívolas. Niños y niñas reían y alborotaban fastidiados de la cansada ceremonia mientras el padre Brito tronaba desde el púlpito al concluir su exordio de las siete palabras.

—No hagan ruido, carajo. Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen. He aquí, hermanos, su primera palabra desde la Cruz.

Inundadas de velas y de flores las imágenes resplandecían hieráticas. Junto a cada una de las andas los hombres esperaban pacientes que la anhelada noche llegara para cargarlas. Con frazadas y trapos habían almohadillado los varaes para evitar que el peso les desollara el hombro. Listos para llevar la Magdalena, los compinches de Pipe, previendo su ausentismo, lo reemplazaron por el sordo Chancaca que aun sin vivir en la isla volvía de la ciudad en los días santos. Lo malo era la pea que se gataba.

Esa noche cuando, tras la solemne procesión, los pasos entraran a la iglesia y el silencio del sueño se impusiera en la isla, Hipólito tendría que preparar el tinglado de la resurrección mediante un habitual trueque de imágenes que, en el momento de descorrer la cortina, dejara ver al Cristo resucitado en el instante de ascender a los cielos. Pensaba haber contado con la efectiva ayuda de Betín pero se vio obligado a reprenderlo pues me dijo que Cándida y Felipe se escondían en la iglesia a media noche. Su feminoide comadreo me hizo evocar al ruin acólito que en Roma irrespetó rijoso el Santo Clavo. Ahora Danilo miraba a Alberto Dávila a su lado

vestido de ángel y lo compadecía por ser tan grande y tan pendejo. Qué carajo me importa lo que él diga. Si el filtro no me falla, hoy gozaré con Cándida tal como Adán y Eva en...

—...el Paraíso. La respuesta de Cristo al buen ladrón es, amados feligreses, su segunda palabra. Repítanla conmigo: De cierto digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Es indudable que Betín me ha clavado la terrible ponzoña de los celos, pero el amor que Cándida siente por Felipe sólo es cariño maternal. Sí, claro. Juan Felipe era un niño de siete años cuando fue abandonado. Siendo una chica bondadosa, tres años mayor que él, Cándida supo acogerlo con cariño. Me hago el cargo de que son madre e hijo. Podría decirles...

—Mujer, he ahí a tu hijo; Juan, he ahí tu madre —dijo el cura.

Papa Chente esperaba el momento de trajearse con la nítida túnica de José de Arimatea. Esa noche Cucho, subido en la escalera, desclavaría de la cruz al Señor para luego, con el piadoso auxilio de Beto Cárcamo, llevarlo hasta el sepulcro, subirlo al anda, tenderlo sobre cojines lilas y colocar la bóveda de nítidos cristales a través de los cuales fieles devotas mirarían compungidas las llagas del Santísimo Cuerpo, la sangre coagulada, las espinas y el pálido semblante del Nazareno.

Si he de aguantarme toda la procesión sudando de modo tan copioso voy a deshidratarme y como resultado tendré al final muy pocos bríos para enfrentarme a mi erótica faena con Cándida gracias a la eficaz cooperación del mágico afrodisíaco y de la Virgen. Siento que voy a desmayarme. No podré resistir porque no aguanto las ganas de orinar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿ por qué me has abandonado? —dijo el cura.

Hipólito se aproximó a la esposa y a sotto voce le susurró:

—Debo ir a casa. Voy a buscar la cruz y a cambiarme de ropa porque estoy empapado. Ya no soporto más. Todavía falta mucho para que salga de la iglesia la procesión. Espérame. Trataré de volver lo antes posible.

—Lo que quieres es ir a echarte un trago. Ya veo que estás sediento. ¿No puedes abstenerte? Te la pasas diciendo...

—¡Tengo sed! Ésta, amigos, es la quinta palabra —dijo el cura.

—Di lo que quieras, pero estoy reventándome. Necesito orinar y refrescarme. Me voy. Vuelvo enseguida.

Dando codazos y empujones perdonen la molestia, por favor, tengan calma. Dios se lo pague, procuró abrirse paso entre el gentío que abarrotaba la iglesia. Llegó a su casa; se echó sobre la cama y se durmió. Al despertar, ya oscurecía. Se dio un duchazo, se secó bien, frotase las barbas y el cabello, se empolvó todo el cuerpo con talco, se puso una pomada desodorante y otra atrás para el purito que la sofocación le producía y, haciendo caso omiso de ropas interiores, se echó encima la túnica sobre el cuerpo desnudo. Nadie se iba a enterar y él sentiría menos calor llevando a cuestas la puñetera cruz. Volvió a ponerse la corona de espinas, se calzó con más tino las cutarras que le hacían daño entre los dedos de ambos pies e iba a fumarse un puro olvidándose de su divino rol cuando en ese momento recordó que debía llevarse el filtro oculto bajo la túnica con el objeto de colocarlo a tiempo en el Sepulcro. Fue al taller, destapó el ataúd, probó un buen sorbo del mágico nepente y en el instante de echarse un nuevo trago sintió la voz de Cándida y el ruido de la puerta al abrirse. Rápidamente volvió a esconder el filtro dentro del féretro cuya tapa colocó en su lugar.

Cándida entró al taller muy azorada.

—¡Danilo, apúrate! Los pasos salen ya de la iglesia.

¿Qué hacer? ¿Cómo iba a irse sin el afrodisíaco? Cándida se opondría a que llevara la botella y hasta sería capaz de esparcir su contenido sobre las rosas. Nerviosa, le explicaba que únicamente había venido a buscarlo según pedido urgente de las maestras Josefita del Vasto, Marucha Vela y Micaela Camargo quienes le suplicaban que entonara con ellas y las alumnas el dulce **Stabat Mater** por lo menos mientras la procesión seguía en la plaza.

¡Vamos pronto, por Dios, Danilo Hipólito! Coge la cruz. ¿Qué esperas? Apresúrate. Ya se oyen los arpegios del órgano.

Aun antes de llegar a la plaza, Cándida les hizo señas a las maestras para que no empezaran sin Hipólito.

Llegó a tiempo de unir su voz al Coro. La beata muchedumbre quedó extática pues su tono profundo sobresalía esparciéndose sobre los tiernos timbres femeninos.

Tras este suave introito gregoriano, la procesión inició su acostumbrado

y lentísimo desfile con pasos hacia adelante y hacia atrás parrampanadas de Cairote disfrazado de centurión, diversas andas profusamente iluminadas amén de penitentes, Marías, encapuchados, nazarenos y ángeles.

Con Cándida junto a él, Danilo Hipólito previó que le iba a ser imposible volver a casa en busca del nepente. No tuvo más remedio que acomodarse la corona de espinas y echar a andar al pie del Santo Sepulcro bajo el peso de la jodida cruz.

Un gentío sofocante se agolpaba desordenadamente entre las andas. El humo de incienso sumado al de las velas y a otros vapores húmedos hacía pesado el aire. De trecho en trecho los pasos deteníanse, lo cual daba ocasión para que el Coro de niñas y maestras se elevara seguido por la orquesta. La gente aprovechaba estas pausas para echarse un buen trago o desaguar entre angostos y oscuros callejones. Quienes iban cargando no escondían su cansancio ni su sed de aguardiente. Los doce hombres fornidos que soportaban el peso del Sepulcro, samaritanizados, fraternizaban con Hipólito y le pasaban la botella de guaro que él empinaba sin miramiento alguno mientras Cándida se hacía la distraída. Creyendo que, si lo que empinaba era el somnífero faltaba poco para que fuera a echarse en una hamaca del Ñopo, Cándida se fingió preocupada por el neonato.

—Cumple tu manda hasta el final. Yo me regreso. Quiero saber si el niño duerme. Después iré a acostarme porque me siento muy cansada.

Hipólito pensó en el filtro mágico. Lo bebería mañana tras las bodas ya que sería preciso celebrar una segunda luna de miel.

Haciendo caso omiso de Juancito, Cándida se encaminó a su casa y, al entrar, se sentía tan sofocada que lo primero que hizo fue despojarse de sus ropas y darse un refrescante duchazo. Desnuda ante el espejo, luego de perfumarse, se echó encima su **baby doll** de nylon transparente. Por fin iba a enterarse del misterio gozoso como lo manda el **Génesis**. Se persignó confiada y entró al lecho.

## VII

### El filtro mágico

Como la casa estaba tan cerca de la iglesia, la gente circulaba en torno a ella yendo o viniendo, lo cual hacía imposible el ingreso de Felipe al jardín. Tenía buen rato de inútiles intentos para entrar sin ser visto. Bastaría el más ligero comentario para que el polvorín estallara. No quería desistir. Sabía que Cándida lo estaría esperando con impaciencia. Ya iba a acercarse a la cancela cuando escuchó el ladrido de unos perros y gente que avanzaba. Se encaramó en un árbol. Fue una buena ocurrencia pues, deslizándose por una de sus ramas, saltó al jardín, que estaba oscuro, y, al avanzar a tientas, el perfume de jazmines y rosas lo hizo pensar en. Ya era tarde. Recibió los pinchazos de dos o tres abejas. ¡Malditas sean! Tuvo el cuidado de soslayar los sitios donde el zumbido se escuchaba más tenso. Sobándose los labios y un ojo, a la luz de una trémula guaricha distinguió el imponente ataúd de Cris. Guiado por él, cruzó el taller y, al empujar la puerta semiajustada, vio a Cándida en el lecho.

—¿Te picaron? —dijo ella.

Tenía hinchados los ojos y el labio. Se apresuró a curarlo con compresas de láudano aunque él, desnudo y brioso, la hacía sentir su hipertensión. La insistencia que ponía en atenderlo lo hizo pensar que Cándida dilataba el pecado temerosa del castigo divino. Felipe al fin, a fuerza de caricias y besos, le introdujo su bálano imponente. Ella, al sentirlo, lanzó un gemido tenue de completa satisfacción. Qué maravilla, qué insólito prodigio. Sollozaba de gozo. Boca a boca, ligados, vueltos un solo fajo de músculos en ritmo ya estaban casi a punto de ver a Dios cuando, de pronto, se oyeron en la puerta fuertes golpes y una voz impaciente que gritaba abre Cándida que me estoy orinando. Felipe dio un gran salto. Desnudo como estaba salió al jardín y, al avanzar a tientas hacia el cancel, carajo, chocó y echó

por tierra la colmena fatídica. Su cuerpo, encuero, sufrió en vivo el asalto de las abejas. Desesperado, corrió hacia el ataúd, se metió en él y, rápido, se cubrió con la tapa. A manotazos despanzurró a las pocas que lograron colarse. Persiguiendo a una de éstas cuyo zumbido sentía tras la cabeza, su mano tropezó de manera imprevista con la botella de aguardiente. Se frotó las picadas, trasegó un trago doble y, en espera del aviso de Cándida, se hizo el ánimo de quedarse escondido y hacer acopio de paciencia mientras bebía.

Cándida había corrido a abrir la puerta olvidándose de la ropa de Pipe. Por fortuna para ella, Hipólito, al entrar, siguió de largo directamente al baño diciendo que estaba reventándose. Cándida tuvo tiempo de recoger las ropas, salió al taller, no vio a Felipe y, pensando que a lo mejor había escapado vistiéndose con uno de los viejos overoles de Hipólito, metió las ropas tras un rollo de velas y, entrando, se echó de nuevo al lecho. Sentía un disgusto que la hacía reprimirse pues se encontraba a un tris de sollozar. Ahora que estaba ya iniciada debía ingeniarse hallando el medio verse con Felipe noche tras noche, dársele, gozar con él, sentir de nuevo su poderosa virilidad erecta.

Sin la corona de espinas ni la cruz, pero aún disfrazado de Jesús Nazareno, al fin Hipólito, tras una amarga espera, salió del baño. Se dirigió al taller. ¿Qué iría a buscar? ¿Sospecharía? Gozando la nostalgia de su tremendo encuentro con Felipe, Cándida se volvía un racimito de conjeturas. Si Hipólito encontraba las ropas o si Pipe volvía, Virgen del Carmen. La culpa es del zopenco pendejo de Betín. Vaya penco de hermano que Dios me ha dado. Sólo es un gran mariconazo de mierda.

Lleno de fe en los mágicos efectos del filtro, lo que deseaba Hipólito era empinar cuanto antes, de un solo sopetón, su contenido. Bastante había sufrido desde las cuatro de la tarde, deshidratándose y, ahora, estaba seguro de que el Cielo no sólo dejaría de fregarlo con los remordimientos de Paul y de Pausílo sino, además, lo iba a hacer dueño de esas viriles fuerzas carismáticas de que hablaba Faustina. Finalmente podría echarse de nuevo sobre Cándida como lo hizo en la poza. Ya se había dado cuenta de que ella estaba lista esperándolo. Sí, se había perfumado con su mejor esencia. De reojo notó que nuevamente se ha puesto la transparente camisilla de nylon, el excitante **baby doll** que usó durante las noches de la luna de miel en La Marina. Me quiere. Estoy seguro. Solamente a Betín podía ocurrírsele tramar esa calumnia de que ella y Pipe... ¡Es falso! ¡ Malditamente falso!

Se bebería el potingue y, briosamente erecto, celebraría un festín erótico con Cándida. Fue a sacar la botella y, al levantar la tapa del ataúd, vio en él, desnudo, a Pipe. ¡Coño! ¡Qué vaina! Betín tenía razón. ¡Maldito sea! Tocó a Felipe. No pudo despertarlo pues estaba plúmbeamente dormidrogado. ¿Qué decisión tomar? Beberse un trago. En la botella quedaba una ración muy escasa. Dos o tres dedos. Claro, Pipe se había bebido el resto. Trasegó el escasísimo residuo. Como notó rondando a unas abejas, tapó de nuevo el féretro y penetró en la casa. Ahora comprendo la jovial triquiñuela del **baby doll**. La penumbra, la gracia, los perfumes, todo en honor de Pipe. Para colmo de males, se bebió todo el filtro. Un desperdicio, porque a él no le hacen falta afrodisíacos. Tiene listo el badajo a cada instante. Señor, tú que lograste el milagro de los panes, haz también el milagro de los penes.

Tendido ya en la cama junto a Cándida, sintió de pronto que ésta se le acercó mimosa. Quiso ella liberarlo de la túnica, pero él se opuso aun comprendiendo que estaba sudadísima, pues había prometido no quitársela. Tal vez era mejor hacer la prueba de penetrar a Cándida con la túnica puesta. Cándida lo mimaba acariciándolo bajo la húmeda clámide. Tras una inútil ansia esperanzada, el filtro no respondió a su fama, pues lo que estaba entrándole era sopor. En efecto, las caricias de Cándida consiguieron calmarlo y lo sumieron en un profundo sueño. Un alegre revuelo de ángeles pederastas en seráfica ronda llevando en giro el Santo Clavo; botichelescos grupos de vírgenes violadas por obra y gracia del Espíritu Santo devorando famélicas el Sagrado Prepucio; Paul Durgel y Pausílipo ataviados de abadesas encinta con gigantescas tiaras; ensotanados sátiros tocando las campanas con el badajo erecto; San Hipólito con cuerpo de mujer y testa hípica relinchando en la poza sin posibilidades de conectar a una potranca; la Virgen copulando a la brava con Danilo bajo el divino amparo del Tabernáculo; Lázaro en figura de falo penetrando y saliendo de la fosa materna; y un lúbrico aquelarre de brujas presas del baile de San Vito mientras Luzbel levanta su sotana y las bendice con el cirio pascual.

Se despertó indignado consigo mismo. Sentía vergüenza de su mundo interior profano, obsceno, canallesco y diabólico. Recordó que debía ir a la iglesia a hacer el trueque de las imágenes de Cristo. Trueque o truco, era igual. Muerto o resucitado, siempre el eterno fraude. Muerte y resurrección, ¿verdad? ¿Mentira? Qué carajo importaba. Tal vez el mismo pueblo prefería intoxicarse fumando el opio eterno del mito y los milagros.

Se asomó a la ventana. La placita estaba íngrima y la iglesia cerrada. Todo había concluido. Una gran calma dominaba el ambiente. Era tal el silencio que, a lo lejos, se oía el rumor del mar.

Olvidándose de zafarse la túnica, salió al taller sin hacer ruido para evitar que Cándida, al sentirlo, se despertara.

Alzó la tapa del ataúd que, de manera inconsciente, Felipe había movido dejando entrar el aire. La apoyó contra el muro. Dejar allí a Felipe así desnudo no solo era una afrenta sino asimismo una fortísima tentación para Cándida. Despiertos ambos, mientras yo juego al trueque con Jesucristo, qué festín se darían. No, amigos. Basta. Me llevaré a Felipe. Sacaré del Sepulcro piamente los sagrados despojos y en su lugar es muy posible que deje un Cristo negro.

Buscó con qué cubrirlo. Deshizo el viejo rollo de velas. Al hacerlo, vio las ropas de Pipe. Por hoy, no han de faltarte. Sólo será una broma pero en la misa de mañana mientras se oye el repique que anuncia el jubiloso **Gloria in Excelsis Deo** despertarás desnudo en el Sepulcro. La grey, al verte, no sabrá si reír o escarnecerte. Al levantar la lona rodaron por el suelo las dos botas de Pipe, relucientes.

Tendió el trozo de vela sobre el suelo. Puso a Felipe en él.

Y, medio envuelto, se echó el paquete al hombro. Salió por la cancela lateral del jardín. Cruzó la calle y, empujando el descerrajado postigo, cruzó la sacristía y entró en la iglesia.

## VIII

### El fatal ángel de Sodoma

Subido ya en el anda del Sepulcro y luchando con mil dificultades entre velas y flores, Hipólito consiguió alzar la bóveda y sacar la llagada imagen del Redentor. Bajó con ella en brazos y muy directamente la llevó a su sitio en la sacristía.

Más trabajo me ha de costar subir a Pipe. Betín me habría servido de gran ayuda. Debo esforzarme solo. Vale la pena. Lo hago pues quiero darle a Pipe una lección. Humillarlo, befarlo y aun desacreditarlo. Será una buena forma de corregir su desatada libidine. Espero que sepa comprender y no me odie.

Desprendió de su enclave la Santa Cruz y la acostó sobre el piso del altar. Luego, desenvolvió las lonas que cubrían a Felipe e iba a cargarlo cuando, carajo, lo vio erecto. Desnudo, boca arriba, con el mástil al aire, Pipe seguía sumido en el más profundo sueño. El tenso bálano poseía un atractivo carismático. Danilo no resistía las ganas de tocarlo. Al fin y al cabo Pipe no se daría ni cuenta. Tal vez en ese instante soñaba que hacía el amor con Cándida. Ten cuidado Felipe, me dice Ida, si las sogas se sueltan puedes caerte de esa cruz. En la iglesia todos tiene la vista clavada en mí. No debí permitirles que me crucificaran. Esas locas señoras oligarcas fueron las que inventaron hacer de nuevo en vivo la Pasión de Jesús. Desde la altura en que me hallo veo el gentío apretujado junto a las andas y al centurión Cairote con ganas de clavarme su lanza en el costado. Justo al pie del Santísimo Madero la bella Ida Durgel, de Magdalena, deja entrever sus senos exuberantes. No traje suspensorio. Estoy desnudo. Mis viriles emblemas se hallan ocultos bajo el Santo Sudario cuyo lazo es ficticio, ya que la exigua tela sólo ha sido ajustada con broches de presión que a lo mejor no supe colocarme pues ando en güimba. Al mirar hacia abajo veo

el par de tetas mórbidas, turgentes atractivas de Ida Durgel, la Magdalena. Creo que ella misma se abre el escote, lúbrica, para excitarme, pues le columbro hasta el ombligo. La trémula turgencia de esas tetas me excita. Mi badajo palpita dando brincos. No lo puedo evitar. El cura Brito se me acerca nervioso. Me dice por abajo, pórtate bien, demonio, pero es algo superior a mis fuerzas. Me arde el cuerpo por el efecto etílico, y el humo del incienso creo que es estimulante. Ida, la Magdalena, la turgente vibración de sus senos y su ombligo me producen un efecto de pólvora en la sangre. Mi sudario comienza a levantarse. Es una rara levitación diabólica con ligeros temblores espasmódicos. Un broche del sudario se ha desprendido, coño. La Virgen y las Santas Mujeres comienzan a mirarme con aprensión. Mi badajo susulta. Se desprende otro broche. De un momento a otro el santísimo sudario está a punto de hacerme una jugada. Si se te cae, Chompipe, vas a quedarte en cueros con el mástil al aire en plena iglesia. Que me salve la Virgen. Porque la Magdelana... Yo acuso a Ida Durgel. El cura Brito ya agotó sus plegarias y no sabe de qué santo valerse. No depende de mí. Soy inocente. Mi hisopo actúa a su arbitrio. No me obedece. Se rebela a su antojo. Y ahora se ha encaprichado en bendecir. Otro broche se acaba de zafar. ¡Maldito sea! Cúbrete, no me tientes, Magdalena. Observo miraditas, susurros, sonrisas maliciosos. Las beatas se persignan. ¿Qué va ocurrir, Santísimo Corazón de María? Ya sólo queda un broche y el sudario está a punto de desprenderse. Un bruto encapuchado sin darse cuenta o a posta me aproxima su antorcha. Siento el dolor. Me quemó. Hago un esguince. Se abre el último broche. Si el sudario se cae, quedo en pelotas. Pero gracias a Dios todos comprenden que ha ocurrido un milagro pues la tela ha quedado suspendida como de una gran percha.

Hipólito tocó devotamente el imponente cirio pascual. No me tientes, Luzbel. Bajo mi túnica siento que se alebrestan mis dignos atributos. Defiéndeme, Señor. Dame la fuerza de San Antonio Abad. Dame el coraje de deshacerme de éste como lo hice con Pausílipo y Paul. Me has defendido y he padecido angustias tratando de salvarme. Líbrame del deseo contra natura. No resisto, Señor. Si no me amparas, tendré que sucumbir a la ignominia. Miraba de reojo el hiperfalo y la sangre se le subía a las sienes. Con todo y la pomada de Ladera, sentía un prurito atroz en el esfínter. Señor, ya que lo quienes, me entrego al sacrificio como inocente víctima propiciatoria. No pudo resistir. Se alzó la túnica y, decidido a inmolarse, se entregó a los dictados del ángel de Sodoma.

Estoy tendido sobre el frío pavimento de la iglesia. Cándida en **baby doll**, lascivamente, me cabalga sintiendo en su vagina la magia carismática de mi órgano o mi cirio pascual, mi santo clavo. De modo cadencioso se contonea, se cimbra, balancéase. Ya estoy llegando al punto azul de mi vida. Va a efectuarse el espasmo. Apura, Cándida.

Danilo se meneaba frenético, convulso, enardecido.

Faltaba poco para el goce supremo.

Para el éxtasis.

Para la impía oblación.

En ese instante se escuchó en las alturas una estentórea carcajada, y una voz retumbante dijo de modo cósmico.

—¡Danilo, eres un puerco, un cínico, un relapso!

El eco de los gritos produjo un lúgubre revuelo de murciélagos. De nuevo resonó la carcajada cuyas tonantes ondas vibraron en el ámbito del templo.

Presa del pánico y con la sangre helada, Danilo se había alzado dando un brinco desde el primer anuncio de esa extraña presencia inquisitiva. Recordó que a Rosina en el burdel le había hablado de la famosa Tais recordándole que aunque la comisión del pecado se ocultase en el silo más recóndito Dios siempre era testigo ya que está en todas partes. Ahora el pecado se había urdido en el templo, que es la casa de Dios. Adán y Eva quisieron ocultarse inútilmente tras haber cometido el pecado original.

Todo era vano. Dios estaba presente.

¡Relapso! ¡Sodomita!

Oyó unos pasos lentos, resonantes, y en la suave penumbra que producían las veladoras vio una blanca figura que descendía del Coro. ¿Era una estatua? Bajaba lentamente carcajeándose. Pero no era una estatua sino un ángel. ¿El ángel de Sodoma? Sus pisadas resonaban macabras sobre las gradas de mádera.

Cuando lo vio de cerca sintió un escalofrió. La presencia de un Cristo bondadoso no lo hubiera aterrado tanto como el hallarse frente al irónico Betín vestido de ángel.

—No lo puedes negar, querido Hipólito. Te he visto desde arriba. Te diste en cuerpo y alma al más inmundo acto de sodomía. Ya imaginaba que eras del gremio, hipócrita. Mis tías siempre me dicen la consabida antífona de que más vale serlo y no parecerlo que parecerlo y no serlo. Creo que tienen razón. Ellas me criaron como un niño cohibido. Tal vez por eso parezco afeminado pero soy todo un hombre. Tu falso aspecto de Nazareno, en cambio, te ha prestigiado por tu aparente aureola de santidad. Las maestras envidiaban a Cándida porque logró casarse con el varón, el macho, el hombre entero que todas anhelaban pero, coño, no olvides que Pipe es lenguaraz. Todo se sabe. No sirves en el lecho con mujeres. Prefieres una verga. Naciste así. Marica. Sin embargo, sabes disimularlo astutamente. Nadie en la isla, fuera de los que he mencionado, captó la trápala. Por lo demás, Cándida y Pipe ni siquiera imaginan tu sodomía. Yo mismo no me hubiera enterado de no ser porque me dormí en el Coro cuando subí a apagar algunas velas y a cerrar las ventanas. Había bebido mucho y estaba fatigado. Me rindió el sueño. Por eso te repito, sólo yo sé la incógnita de tu debilidad bochornosa. La puedo divulgar pero, pensándolo bien, ¿de qué me serviría? Únicamente para cubrir de desprestigio a mi familia y hacer sufrir a Cándida. No te guardo rencor porque te estimo. Yo a quien no quiero bien es a Felipe. Siempre he sido un pelele entre sus manos y ahora quiero vengarme. Tú tiene que ayudarme, de lo contrario nadie en el pueblo dejará de enterarse de lo que hoy ha ocurrido aquí en la iglesia. No te voy a pedir que lo degüelles ni que le cortes los testículos. Lo único que deseo es sacarme el clavo jugándole una broma.

—Podemos colocarlo en el Sepulcro. La gente lo mirará desnudo.

—No. Prefiero ligarlo con sogas a la cruz. Lo amarraremos bien de pies y manos, para que si despierta no se pueda escapar. En los pasos hay sogas suficientes. Manos a la obra.

Danilo Hipólito no tuvo más remedio que seguirle la broma a Alberto Dávila.

Al terminar la irónica faena resolvieron marcharse, pero a Hipólito lo abrasaba la sed. Quería chuparse un trago de lo que fuera.

—No sufras, Galileo —dijo Betín— Tras el altar hay dos galones de vino. Es sabrosísimo vino de consagrar. Tengo la llave.

Comprobó que era cierto.